

Para cualquier representación pública de mis obras, debes ponerte en contacto conmigo o puedes entrar en SGAE y tramitar la solicitud.

mluzdramaturga@hotmail.com
www.mariluzcruz.com

Una simple llamada

M^a Luz Cruz

Personajes: Pablo y Marisa

Escenografía: El decorado de las cuatro escenas es la habitación de un hotel de cuatro estrellas en el centro de cualquier ciudad. Cama doble, mesitas, un ventanal con cortinas, televisión, minibar, mesa y sillas o sillones y todos los accesorios necesarios para decorar la habitación.

(Al abrir la habitación se verá la pantalla de la televisión encendida con la página de bienvenida al hotel.)

PABLO - *(Al entrar se detiene y mira las camas mientras se quita la chaqueta)* ¿Por qué has pedido una habitación con dos camas?

MARISA - Cuando llamé por teléfono les pedí una habitación doble.

PABLO - Tenías que haberles dicho que la querías con cama de matrimonio.

MARISA - No me lo preguntaron y yo no sabía que se tenía que decir, como siempre te has ocupado tú de eso... Pero qué más da, qué importancia tiene, por una noche.

PABLO - Para mí sí la tiene.

MARISA – Pero bueno ¿qué te pasa? No creo que por dormir esta noche separados nos vaya a pasar nada.

PABLO - *(Apagado)* A lo mejor es la última noche que dormimos juntos en la habitación de un hotel.

MARISA - Anda, deja de decir tonterías, estás poniendo el carro antes que el caballo. Mira, si tanta ilusión te hace podemos juntar las dos camas.

PABLO - *(Resignado)* No, déjalo, vamos a dar mucho ruido. *(Mirando la habitación)* Qué lástima de habitación. Tiene guasa la cosa, tú y yo en la habitación de un bonito hotel de cuatro estrellas esperando...

MARISA - ¡Por favor, Pablo! No volvamos otra vez con eso. Quieres dejar de martirizarte. Anda, dame la chaqueta que la cuelgo en el armario para que no se te arrugue.

PABLO - *(Le da la chaqueta)* Sí, toma, que al menos mañana vaya bien planchao.

MARISA - Mañana irás bien planchao y con la cabeza bien alta.

PABLO - No hacía falta tanto lujo, tenías que haber hecho la reserva en un hostel o en una pensión.

MARISA - *(Colgando la chaqueta en el armario)* Mira, Pablo, no me gusta verte así, yo también lo estoy pasando mal, pero no podemos hundirnos ahora. Ahora menos que nunca, todavía no sabemos nada.

PABLO- Ya, si ya lo sé, pero no tengo humor para nada más. *(Le hace una caricia)* Mujer, no te enfades, lo digo para no gastar, no sabemos en la situación que podemos quedar después de todo esto, sobre todo tú, no quiero que pases apuros de ninguna clase.

MARISA - Deja de preocuparte por mí. Además, tú lo has dicho, todavía no sabemos

nada y lo que sea ya se verá, te estás poniendo en lo peor.

PABLO - Es que la cosa no pinta nada bien. ¿Has hablado con los chicos?

MARISA - Sí.

PABLO - ¿Les has contado como está la situación?

MARISA - Sí... quédate tranquilo. Les he contado todo, sin ocultarles nada, que no sabemos lo que puede pasar, pero que tenemos esperanzas en que todo va a salir bien.

PABLO - ¿Y cómo se han quedao?

MARISA - Cómo quieres que se queden, muy preocupaos. Estaban empeñaos en venir, decían que querían estar aquí para apoyarte.

PABLO - Qué buenos son, qué suerte hemos tenido con los hijos que nos han tocao.

MARISA - Lo dices como si fuera una lotería.

PABLO - Hoy en día, casi lo es.

MARISA - Pues sí, viendo lo que corre por ahí. He tenido casi que enfadarme para que no se pusieran en camino deprisa y corriendo desde tan lejos, tal como están las carreteras. Además, no quiero que te vean de esta manera, así tan decaído, con lo alegre que has sido siempre.

PABLO - (*Triste*) Has hecho bien, yo tampoco quiero que me vean así, aunque me hubiera gustado ver a mis nietas antes de...

MARISA - ¡Pablo, ya está bien, por favor, deja de atormentarte! A esos dos luceros los verás muy pronto, porque cuando todo esto pase vamos a irnos unos días con ellos.

PABLO - (*Abatido*) Ya me gustaría. Lo peor es que no puedo evitar pensar que a lo mejor no las pueda ver crecer.

MARISA - (*Enfadada*) ¡Pablo, no quiero que digas eso ni en broma!

PABLO - (*Angustiado*) ¡Soy un asesino, soy un asesino, yo que toda mi vida he respetado las normas y ahora soy un asesino!

MARISA - (*Subiendo el tono*) ¡Tú no eres un asesino, porque ese chico no está muerto!

PABLO - ¡Ese chico está luchando entre la vida y la muerte! ¡Si hubiera frenado, Marisa, si hubiera frenado a tiempo! Tú sabes que el coche lo acababa de sacar del taller y me aseguraron que todo estaba bien.

MARISA - ¡Y lo estaba! ¡Pablo, y lo estaba! Fue un accidente, sólo fue un accidente. Tú eres una buena persona, por favor, métetelo en la cabeza y deja de martirizarte. (*Lo acaricia*) El abogado ya te ha dicho que no estaba todo perdido, que tenías muchas posibilidades de que todo fuera bien, no tienes antecedentes y eso cuenta mucho.

PABLO - Eso lo dicen siempre.

MARISA - No, siempre no, tú no tienes antecedentes.

PABLO - Sí, pero no sabemos si eso en estos casos cuenta mucho.

MARISA - Claro que cuenta, cómo no va a contar, más de lo que te crees.

PABLO - Ojalá sea así, porque no quiero imaginarme que me tengas que ir a visitar a la cárcel. ¿Qué clase de vida es esa?

MARISA - En estos treinta años que llevamos juntos hemos pasado por muchas cosas y de este mal sueño también saldremos.

PABLO - (*Pensativo*) Treinta años, casi nada, toda una vida, y sigues igual de guapa, parece que por ti no han pasado los años. Estás casi como cuando te conocí.

MARISA- (*Con una caricia*) Igualita, anda tonto, los dos estamos bien cambiados. ¿Y qué? Tú, a mí me sigues gustando como cuando nos conocimos, o más.

PABLO - ¿Seguro...?

MARISA - (*Rotunda*) ¡Seguro!

PABLO - Ay... Marisa, si volviera otra vez atrás me volvería a casar contigo. No sé si he sido un buen marido y un buen padre.

MARISA - (*Le corta*) ¿Qué pasa, llegó el momento de las confesiones? Ahora no empieces con esas tonterías. Eso no tienes que dudarlo, para mí y para tus hijos has sido el mejor padre y el mejor marido, ¿me oyes?, el mejor.

PABLO- No, déjame acabar.

MARISA - Bueno, acaba si eso te deja más tranquilo.

PABLO - Cómo es la vida, ahora que tenemos los hijos mayores y podíamos darnos algún que otro capricho de vez en cuando, ahora...

MARISA - (*Si dejarle seguir*) Eh... eh... Y nos los seguiremos dando.

PABLO - Si pudiéramos hacer todo lo que no pudimos cuando los teníamos pequeños...

MARISA - Hicimos muchas cosas, ¿ya no lo recuerdas? Te acuerdas los veranos en el camping, cómo lo pasábamos...

PABLO – (*Lamentándose*) Sí, ya lo sé, pero con el sueldo que tenía no nos llegaba para nada, y ahora que no teníamos ningún problema...

MARISA - (*Con un fondo de tristeza*) Qué le vamos a hacer si las cosas se han presentado así.

PABLO - (*Dramatizando*) Siempre he sido tan prudente a la hora de conducir...

MARISA - Y lo sigues siendo, Pablo, y lo sigues siendo.

PABLO - Cuando salíamos por ahí o íbamos a alguna boda no probaba el alcohol para conducir bien sereno. Y al final, para qué tanta prudencia, si ya ves, se me va el coche y atropello a un chico de veinte años. Todavía no me explico cómo fue. Ese chico está en un hospital, debatiéndose entre la vida y la muerte y yo aquí, a la espera de quién sabe qué.

MARISA - Ya sé cómo estás, pero en este momento no podemos hacer nada para remediar eso, ahora sólo nos toca esperar y “rogar a Dios” para que ese chico salga pronto del coma.

PABLO - Dios te oiga, que esto pase pronto porque no sé si podré aguantarlo mucho tiempo, me siento tan mal. Todo esto me parece increíble.

MARISA - Ya, y a mí también. (*Le da el pijama*) Toma el pijama, lo mejor es que te lo pongas y te acuestes.

PABLO - (*Coge el pijama*) Como si pudiera.

MARISA - Bueno, pues te estiras en la cama a ver la televisión, así te distraes un poco. Hoy hacen ese programa que te gusta a ti.

PABLO - No estoy para programas. (*Sentado en el borde de la cama con la cabeza agachada mirando al suelo*) Si lo hubiera llevado a un hospital rápidamente, pero no quise, ¡no quise Marisa, no quise, y yo no le vi que estuviera mal!

MARISA - Si no se le veía nada, tú, cómo podías imaginarte que tenía un derrame por dentro.

PABLO - Se levantó como si nada, no quiso ni que le ayudase, luego, cogió sus cosas del suelo y se marchó tan normal, y parecía estar bien. Después, no sé qué debió pasarle. (*Cabizbajo tratando de convencerse*) No tenía que haberle hecho caso. Cuando le pregunté si le llevaba al hospital no quiso de ninguna manera y se fue caminando por su propio pie, tan normal. Yo no tenía que haberle hecho caso, no tenía que habérselo hecho.

MARISA - Tampoco podías obligarlo y llevarlo a la fuerza.

PABLO - Y no supe nada de ese chico hasta que se presentaron.

MARISA - Yo también me sorprendí mucho cuando vino la guardia civil a casa diciendo que tenías que presentarte inmediatamente en la comisaría... En ese momento pensé lo peor, que les habría pasado algo a los chicos.

PABLO - Fue bochornoso, mis compañeros me miraban con unas caras...

MARISA - No, hombre, no, lo que pasa que les sorprendió, igual que a nosotros.

PABLO - Nada más llegar a la comisaría lo primero que hicieron fue ficharme. Estoy fichao, Marisa, fichao como un vulgar delincuente. ¿Qué pensarán mis nietas de mí?

MARISA - Que van a pensar, si son dos renacuajos. Con cuatro y dos años qué quieres que piensen, en jugar.

PABLO - Sí, pero cuando sean mayores... ¿Qué pensarán? Marisa, prométeme que les hablarás bien de mí.

MARISA - (*Dándole unos golpecitos cariñosos*) Anda, anda, tontorrón, pues no te vas tú lejos ni nada. Les hablaras tú personalmente, porque todo esto va a salir bien.

PABLO - (*La abraza*) Si no fuera por ti...

MARISA - Sí, todo por mí. Anda, tonto, ve a cambiarte que te estás poniendo de un blando... Me parece que en todos estos años no te he visto nunca así.

PABLO - Porque nunca me había dado cuenta de que podía perderte.

MARISA - ¿Perderme? ¡Pero qué tonterías estas diciendo ahora! Yo estoy en esto contigo, ¿me oyes?, contigo.

PABLO - Lo sé, te conozco y sé que no me dejarás solo.

MARISA - Estamos juntos para lo bueno y para lo malo, ¿o lo has olvidado? Y si ahora toca lo malo, va para cuando ha tocado lo bueno. Y deja ya de ponerte melodramático, ¿me oyes?

PABLO - Sí, mujer, sí. Voy a lavarme los dientes. (*Se retira y coge el pijama*)

MARISA - Sí, anda, que eso es lo que tienes que hacer.

PABLO - (*Desde dentro*) Marisa, ¿mi cepillo es el rojo?

MARISA - No, es el otro azul.

PABLO - No sé qué haría sin ti.

MARISA - (*Habla para ella con preocupación*) Eso digo yo, no sé qué va a ser de mí sin él. (*Implorando*) Señor, espero que ese chico se salve, si ese chico se salva te prometo que... (*Suena el móvil*) ¡Ya lo cojo yo, que serán los chicos!

PABLO - Seguro.

MARISA - ¿Diga...? Ah, es usted.

PABLO - *(Desde dentro)* ¡Quién es? ¿Son mis nietas?

MARISA - No, es el abogado.

PABLO - *(Sorprendido)* ¿El abogado a estás horas?

MARISA - Sí.

PABLO - *(Muy intrigado)* ¿Pasa algo?

MARISA - No lo sé, todavía no me ha dicho nada.

PABLO - Ahora salgo, aunque prefiero que te lo cuente a ti.

MARISA - *(Al teléfono)* ¿Pasa algo? ¿Pablo...? Él no se puede poner en este momento. Ya puede contarme a mí lo que sea. *(Con sorpresa)* ¿De verdad? *(Llamándolo)* ¡Pablo, buenas noticias!

PABLO - ¿Seguro?

MARISA - Sí, deja que me lo explique. *(Al teléfono)* Siga, siga. *(Con alegría)* Eso es muy buena noticia, ¿no? *(Un momento de silencio)* ¿Qué quiere decir? No le entiendo. ¿Cómo que depende? Depende, ¿de qué? *(Muy sorprendida)* Pero eso no es posible, ese hombre debe de estar confundido, eso no puede ser, según mi marido... Ya, pero... Está seguro de lo que dice, piense que eso cambia mucho las cosas. *(Su actitud ha cambiado, ahora es seria y triste)* Sí, sí, lo entiendo. Yo también lo lamento. *(Por un momento se queda en silencio)* Sí, sí, sigo aquí. No se preocupe, gracias, estoy bien, gracias por llamar y buenas noches. *(Cierra el móvil y se sienta de golpe sobre la cama)* No me lo puedo creer, no me lo puedo creer.

PABLO - *(Intrigado)* Habla, ¿qué pasa, se ha puesto peor ese chico?

MARISA - *(Su actitud ha cambiado por completo, ahora es fría y distante)* No tengo ni idea. De ese chico no me ha dicho nada, no sé si está peor o mejor. Por tu bien espero que esté mejor.

PABLO - Entonces, ¿qué pasa?

MARISA - *(Seca)* Hay un testigo que lo vio todo.

PABLO - *(Sorprendido)* ¿Un testigo? ¿Qué testigo?

MARISA - Un frutero.

PABLO - ¿Un frutero? ¿De dónde ha salido ahora ese frutero?

MARISA - *(Se pone de pie y pierde la compostura, parece otra persona diferente a la anterior)* ¡Ese frutero, no ha salido de ninguna parte, ese frutero siempre ha estado ahí, en su frutería, la misma que tú no viste!

PABLO - (*Nervioso*) Eso no puede ser, Marisa, no puede ser, allí no había nadie.

MARISA - ¡Pues estaba allí! ¡En el momento del accidente estaba allí, colocando la fruta fuera, como todos los días! (*Mirándolo de arriba a abajo*) ¡Y lo vio todo! ¡Ese chico salía de la librería de enfrente, cruzo por el paso de cebra correctamente y tú ni siquiera lo viste! ¡Quiero saber por qué!

PABLO - (*Tratando de convencerla*) Pero, ¿qué te pasa? ¡Toqué el claxon, Marisa, te juro que lo toqué!

MARISA - ¿Por qué? ¿Por qué tenías que tocarle el claxon, si ese chico cruzaba por el paso cebra?

PABLO - Por que salió de repente y no me dio tiempo a verlo.

MARISA - ¡Mentira! ¡No te creo! ¡Eso no fue así! ¡Quiero que me digas qué hizo que en pleno día no vieras a ese chico como cruzada por el paso de cebra!

PABLO - Ya te lo he contado varias veces.

MARISA - Y yo ahora no te creo, ¿me oyes? ¡No te creo ni una palabra!

PABLO - (*Desconcertado*) Pero, ¿qué te pasa? Qué estás diciendo.

MARISA - (*Subiendo el tono y acorralándolo a preguntas*) ¿Qué ocurrió en ese paso de cebra y por qué no lo socorriste? ¿Por qué no lo huiste? ¡Quiero oír la verdad y la quiero oír a “ahora” no en el juzgado!

PABLO - (*Acorralado*) No sé a qué viene esto. Te lo he dicho.

MARISA - (*Alterada*) ¡Eres un cínico! ¡Un cabrón! ¡Cínico más que cínico!

PABLO - ¡Marisa, no sé qué te ha dicho el abogado, pero yo te juro que...!

MARISA - ¡Tú no estás en posición de jurarme nada porque eres un maldito cabrón! ¡Un canalla! ¡Tanto ir de buen padre y de buen marido y todo era mentira! ¡No podías recoger a ese chico porque ibas acompañado de otra mujer!

PABLO - ¡Marisa, por Dios, yo te juro!

MARISA - (*Perdiendo los papeles*) ¡No sigas por ahí, porque si vuelves a jurar otra vez soy capaz de cualquier cosa! ¡No vuelvas a jurarme nunca, me oyes, nunca! He sido una gilipollas, cómo he podido ser tan imbécil de creerte, si la historia no se sostenía por ninguna parte. Cada vez que te preguntaba decías alguna cosa distinta. ¡Y yo como una boba creía que eran los nervios!

PABLO - Marisa, yo...

MARISA - ¡Tú, tú! Tú, ¿qué? ¡Quiero saber quién es esa mujer!

PABLO - (*No sabe cómo responder*) Marisa, por favor.

MARISA - ¡Vamos, responde de una puta vez! ¿Cuánto hace que me engañas con esa tía?

PABLO - No es lo que crees, yo...

MARISA - Tú, ¿qué? Tú, ahora bajas a recepción y pides que te den otra habitación porque conmigo no vas a dormir esta noche. ¿Me has oído?

PABLO - (*Implorando*) Marisa, deja que te explique.

MARISA - Qué desengaño. ¡Qué ciega, qué ciega he estado! Y yo como una imbécil pensando en qué sería de mí si a ti te pasase algo.

PABLO - Marisa, por favor, estoy avergonzado, sólo fue una chiquillada, una aventurilla sin importancia. Te lo juro, era la primera vez.

MARISA - (*Mirándolo con desprecio de arriba abajo y con las manos apunto de pegarle*) ¡Te he dicho que no me jures más! ¡Eres patético! ¡Una aventurilla sin importancia que a ese chico casi le cuesta la vida y a ti te ha costado tu matrimonio! ¿Te sigue pareciendo una aventurilla sin importancia? ¿Te ha valido la pena esa aventurilla sin importancia? ¡¡Contesta, si tienes valor para hacerlo!!

PABLO - (*Sofocado*) ¡No, por Dios, Marisa, eso no! No me digas de separarnos, son muchos años juntos.

MARISA - ¡Sí, tienes razón, demasiados! Ni siquiera viste la frutería, ¿tan ciego estabas con esa zorra?

PABLO - (*Tratando de convencerla*) No, eso no, yo sólo tengo ojos para ti, eso fue...

MARISA - ¡Calla cínico, no sigas con eso por qué...! Con razón estabas tú tan puesto y sabías tanto de habitaciones de hotel.

PABLO - Marisa, déjame quedar esta noche y hablamos, mañana todo lo verás diferente.

MARISA - (*Tajante*) De eso puedes estar seguro. Llevabas razón cuando has dicho que a lo mejor era la última noche que dormíamos juntos.

PABLO - (*Suplicante*) Por favor, no digas eso.

MARISA - (*Tajante*) ¡Pues no lo digo, lo afirmo!

PABLO - (*Pensativo*) Qué pensarán mis hijos.

MARISA - ¿Tus hijos? ¡Lo que te han importado a ti tus hijos! Te has reído de nosotros en nuestra cara.

PABLO - No, Marisa, eso sí que no.

MARISA - Si al menos hubieras tenido la valentía de contarnos la verdad, quizás...

PABLO - No quise decírtelo por miedo.

MARISA - ¿Por miedo? *(Con tristeza)* ¿Y por eso tenías que inventarte tantas mentiras? No sé qué es lo que me ha dolido más, sí que me engañases con esa zorra o que te hayas burlado de mis hijos y de mí. Qué triste darte cuenta que nuestro matrimonio ha sido solo una mentira.

La luz empieza a bajar poco a poco.

PABLO - Marisa, no, eso no. *(Intenta acariciarla)* Marisa, perdóname, por favor, perdóname. Sabes que yo te quiero.

MARISA - *(Le retira la mano con desprecio y lo mira con una mirada de tristeza y decepción. Habla de forma pausada como un autómata)* Mañana, mañana por la mañana, a primera hora saldremos los dos de esta habitación camino del juzgado. Qué irónico, camino del juzgado, nos subiremos a un taxi, casi como dos desconocidos, y una vez allí, tú entrarás solo, en la sala que te corresponda y yo... Yo, entraré en otra, buscaré un buen abogado y cuando salgamos de allí, nuestros treinta años en común habrán terminado. Tú y yo cogeremos caminos separados. *(Camina con la mirada perdida hacia el cuarto de baño)* Una llamada, una simple llamada lo puede cambiar todo.

(Pablo se sienta abatido en el borde de la cama, con la cabeza inclinada mirando al suelo y tapándose la cara con las manos)

Solo queda la pantalla de la televisión encendida dándoles la bienvenida al hotel y recordándoles que se encuentran en la habitación 205)

Oscuro